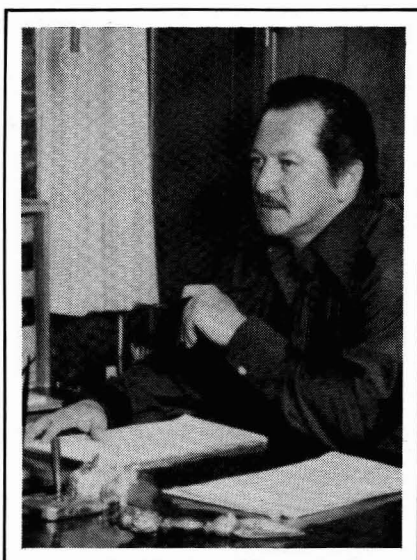


El compromiso de la permanencia

Entrevista a Ricardo Garibay

Desde la llamada telefónica para concertar la cita, Ricardo Garibay manifestó su agresividad. "¡Aquí en Cuernavaca, por donde se encuentra la estatua del imbécil de Zapata!; llega usted a la calle de..." Pero nunca pensé que esa agresividad fuera hacia mí sino que tuve la impresión de que era hacia la vida.

No hago otra cosa que escribir y leer. Probablemente esto se despertó en mí porque era yo muy estúpido para todo lo demás y lo único que más o menos entendí en mi infancia fueron las clases de Lengua Nacional; ahí me desempeñaba con cierta facilidad. En la casa de mi padre había libros. Mi padre nos leía a Nervo, Núñez de Arce, Zorrilla, San Martín, el *Tabaré*, Lope de Vega, sobre todo los poemas religiosos, las novelas de Julio Verne, Dumas... y lo hacía tan bien que me gustaba mucho oírlo, parecía música su manera de leer. De los hermanos de mi padre, uno era un poeta bastante considerable, suicida, si no hubiera sido famoso; su padre era poeta, el padre de mi madre y un hermano también eran poetas hidalgenses; al último, la provincia le pudría el alma, ahí se acabó su inteligencia y la proyección que indudablemente hubiera tenido. El clima en la casa era intensamente literario. Éramos todos muy ineptos para lo demás y supongo que vine a dar en esto que soy ahora, por simple eliminación, como diría Alfonso Reyes: por deslinde. Deslindando entre todas las ineptitudes, acabé en una sola aptitud más o menos lograda, que es escribir. Esto es mi origen, digamos.



Ricardo Garibay

Los autores surgen según los hábitos de las familias y a la generación a que pertenecen. En mi tiempo, en mi niñez, (hablo de los años treinta), los autores por excelencia eran Amado Nervo y los españoles del romanticismo; tan deslustrados, tan malos, tan indecentes en su calidad literaria y tan fáciles de expresión, la única excepción era Gustavo Adolfo Bécquer. Si hoy día ponen en mis manos a un niño para que yo le enseñe literatura, lo haría leer todo menos lo que yo leí en mi infancia, por supuesto. Nunca hubo un propósito definido. No todos los padres son como el padre de Stuart Mill, ni todos los niños son como él, cuya educación fue dirigida con mucha precisión y mucho conocimiento desde sus primeros años de vida. Uno se hizo a la trompa talega, a como dio lugar. Y más en aquellos años en que la ciudad de México era todavía una aldea, un pueblote, sin casi ninguna posibilidad de adelanto, de modernidad.

Recuerdo con buen humor e irónicamente que mi escritura seguía la huella de los románticos españoles. Quería yo decir cosas que tenían que ver con el amor, que yo no conocía... ¡desconocía casi tanto como ahora! y tenía que ver con un especie de grandeza de la que yo me suponía dueño. Yo debía ser tan grande o más grande que Campoamor o que Nervo o que algún otro majadero de aquel tiempo, o que Echegaray por ejemplo. Era el afán de ser eminente, inmortal, importantísimo para la lectura del resto de los hombres, me río un poco de lo que estoy diciendo. Una pretensión muy conmovedora, muy ingenua, yo diría muy desventurada. No estaba uno armado para nada. Los sistemas educativos eran pésimos y realmente sólo si se tuvo algún talento original, uno pudo salvarse.

No soy periodista, nunca he sido periodista y nunca seré periodista. Comencé haciendo versos, sigo haciendo versos y seguiré haciendo versos. Esta última frase es de Alfonso Reyes y yo creo que debe decirla todo aquel que de verdad ame escribir. Comienzo a escribir artículos sobre la sociedad mexicana, por el '57 '58 ocasionalmente; en el suplemento cultural de *Excélsior* que dirigía el pobrecito maestro Larroyo; se llamaba *Diorama de la Cultura* y digamos entre profesionalmente, deliberadamente en *Excélsior* en 1966, ahí comienza lo que podría llamarse mi "periodismo político". Los periodistas dijeron invariablemente que yo no era periodista y dicen que yo no soy periodista; yo les acepto esto porque en verdad no lo soy. Los literatos no me hablan y no les hablo y lo que digan verdaderamente no

me interesa. Nunca ha surgido alguna polémica entre nosotros. Simplemente he tenido siempre un sólido desdén por casi todos ellos, esto es el secreto y me lo han cobrado en el libro *Y cómo se pasa la vida* editado por la UNAM. Allí está la prueba de que no soy un periodista. Ahí se encuentra una colección de artículos que publiqué en el suplemento cultural de *Excelsior*, ya no me acuerdo de cuándo a cuándo; hablaba de las cosas que estaban sucediendo en ese momento. Un periodista tiene la fortuna de la viveza; un escritor tiene el compromiso de la permanencia. Un escritor escribe las cosas intemporalmente. Un periodista debe hacer vivir el momento que se vive. El periodismo es especialmente cruel para un escritor pues si se logra, al mes o a los seis meses ya no vale nada. El escritor, a cambio de la vivacidad que no tiene el reportaje, tiene, si bien le va, la permanencia de lo que nunca deja de ser cierto. Si no pensamos en altísimos periodistas a la manera de Marco Polo o Tucídides, por ejemplo. En mi literatura, siempre trato de no atacar el tema de modo obvio, lo que en el periodismo es obligado. Es evidente que si un novelista, por ejemplo, en la primera página, anuncia todo su tema o todo su argumento, usted cierra la novela y ya no la lee. El tema va saliendo conforme se desentraña; conforme la lengua desentraña a los personajes que son los que cuentan el tema.

Detesto el folclor y no sé cómo voy armando las notas. Escribo sobre lo que me interesa, sobre lo que amo nada más. Con mis apuntes en el cuaderno y cincuenta y un años de experiencia literaria digamos que las notas se van armando solas. Actualmente estoy publicando muy breves capítulos, el espacio de mi periódico impide extenderlos, sobre la vida de mi primera juventud y escribo sobre cosas que amaba, que sigo amando o sobre cosas que odiaba con todo mi corazón. Y para mi sorpresa estos temas como que se "abren" solos, como que sola la memoria me va dictando lo que tengo que hacer. Yo necesito estar constantemente enamorado de cada renglón que escribo, como necesito estar constantemente enamorado de al-

guna mujer; lejana o cercana, entregada o ajena, real o fantástica; pero lo necesito. Igual en cada renglón... el amor de un renglón produce el amor del siguiente, y el del siguiente y se consigue un cuento, una novela, una crónica o un reportaje que se pretende intemporal.

El libro que le escribí a mi padre lo escribí por el '62 y yo detestaba a mi padre...

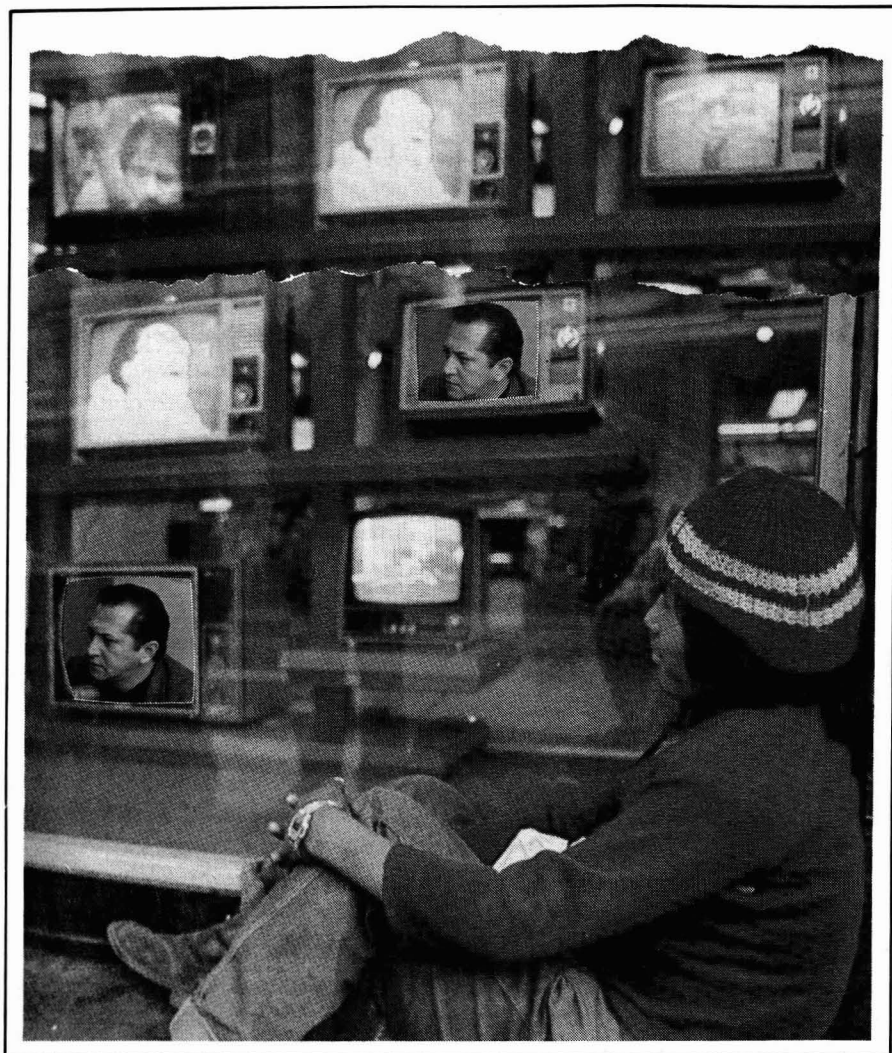
Para que la entrevista valga la pena por la veracidad: primero yo creo que soy muy desvalido, que toda la imagen de fuerza que doy, dentro de mí, no es más que una constante quebrazón, una abrumación, una especie de conciencia, de incapacidad o de imposibilidad que se traduce, dado mi temperamento en fuerza, en vigor, en acometividad. Una especie de amor plañidero que se traduce en ironía, en sarcasmo, en vitalidad. Inclusive las cosas que he hecho a lo largo de toda mi vida, ya nada breve, hablo de cumplir sesenta y ocho años, han sido muy riesgosas; podrían hacer ver que tal vez sea yo muy valiente y en realidad soy de una enorme cobardía que me desarma hasta el llanto. Lo extraño, que nunca me he explicado, es que lo que sale al exterior tiene forma de furia, de acometividad y violencia, cuando en realidad por dentro estoy llorando. Esta es una de las cosas que probablemente más me fastidian de mí y he tenido que llegar a la plena madurez para tener el arrojo de decirlas.

Soy un hombre incapaz de todo. Lo único que sé hacer es escribir y juego con la sintaxis como nadie. (Esto no lo digo con orgullo, sino con humildad.) Es una lata no haber sido campeón mundial de boxeo, cuando pude serlo. Es una lata no haber sido un padrote famoso, cuando pude haberlo sido. Es una lata no haber sido un gran payaso, cuando pude haber llenado los circos de gente. Es una lata no haber sido un santo, como supuso mi madre, mujer santísima, que iba yo a ser. Es una lata no haber sido un político y pude haberlo sido, o un gran abogado y pude haberlo sido. ¡Es una lata del carajo el que a la postre uno no sea más que un escritor! ¡Es decir un artesano! Nada

más. Toda la vida, se me ha ido en tratar de enamorar a estas "putas viejas" que son las palabras y que no se entregan nunca. Y esto no se dice, se lo aseguro, con orgullo, sino con conocimiento, sí, con madurez. No soy humilde pero no soy tontamente vanidoso.

Tengo treinta y siete libros publicados y dentro de una semana sale otro y en abril otro y en noviembre saldrá otro. El que no escribe y no publica, no es un escritor. Estoy volviendo a leer una obra de Blaise Cendrars *El hombre fulminado* del cual se decía que junto a él Hemingway era un boy scout; un hombre de una vida violentísima, valientísima, que escribió una gran cantidad de libros. Si se es escritor se escribe en todas partes, en cualquier circunstancia. Aunque ve que tengo una biblioteca y hay una mesa de billar y hay una pequeña alberca en un jardín, me tardé más de cuarenta y cinco años en poder tener esto. Ha habido prolongadas temporadas en que he escrito prácticamente sin tener con qué alimentar a mis hijos, sin metáforas, es decir sin tener para comprar una botella de leche. Tener que salir apresuradamente en la noche para conseguir algo, para comprar la leche en polvo para las criaturas, cuando lo eran; y sin embargo escribía yo incesantemente. Soy escritor y esto sí lo he cumplido. Ya es mucho ser poca cosa y no cumplirla enteramente.

Lo único que he aprendido es el uso de las palabras; esto es lo único que sé. Y claro, me hace feliz... Como a un pobre cabrón que lo hace feliz tener un empleo, sacarse cualquier cosa en la lotería, poder comprarse un terreno para sembrar... igual, me hace feliz usar las palabras; saber hacer música con las palabras... Sí, me hace feliz, pero entiendo que esto no es gran cosa. Tengo amigos políticos importantes que me han dicho ya en la intimidad y con cierta lástima... "¿y te hace feliz, deveras, publicar un libro?", mientras hemos estado en su espléndida terraza bebiendo vino costosísimo que le han robado a la nación, ¡Claro!, se ve su abundancia y su contento de sí y me preguntan con lástima si realmente me hace feliz escribir un libro. ¡Bueno tengo que reconocer



que sí! No publicarlo, escribirlo. Ya cuando se publica viene otra vez la frase que dice que el libro se convierte en una puta vieja y traicionera que va a andar de mano en mano. Pero si nadie me leyera entonces sí sería muy desdichado.

Tengo verdadera reverencia por las mujeres, sólo trato mujeres. He hablado por ellas, para ellas, en la radio, en la televisión, en el cine, en periódicos, en revistas, en conferencias, en todas partes y, lo increíble, es que de repente me encuentro mujeres que me llaman misógino. ¡Bueno!, pues ni a éstas les cobro antipatía. Para mí una mujer es el sentido de la vida. No trato casi a ningún hombre, casi a ninguno, no tengo diálogo casi con nadie. Estoy aquí y uso la condenada máquina de escribir para poder entregar el capítulo o el artículo; pero todo lo escribo a mano y si no estoy aquí, estoy cumpliendo algún trabajo con lo que me gano la vida en México, la televisión principalmente.

De no estar en esas actividades, estoy conversando con alguna mujer, y nada más. ¡Nunca con algún hombre!, me aburren soberanamente, son profundamente estúpidos, groseros, vanidosos, ignorantes, toscos y son feos.

Escribo sobre México como quien escribe sobre un hijo idiota. Invariablemente es el hijo más amado porque es al que rodea la compasión. Al hijo talentoso se le quiere; pero al hijo imbécil se le adora, por su desgracia, y yo amo, como probablemente a nada en mi vida, a mi patria; por eso escribo sobre mi patria. Casi siempre con un áspero punto de vista pero con indudable amor. Esto sí. Puedo escribir con desprecio sobre México, pero con indudable amor. Y luego otra cosa, si hemos de ser sinceros, no me interesa ningún otro país, me interesa éste. Tampoco me desvivo por andar buscando traducciones al inglés, al francés, aunque tengo algunas, al alemán, al sueco; qué coño...que me

vale. Lo que quiero escribir es sobre lo mío y que me lea mi gente y mi gente está aquí en este país. Uno de los dramas más dolorosos creo, en la personalidad de Jesús el de Nazaret, es que es precisamente su pueblo, su nación quien no lo conoce, quien no lo ama; y yo no tengo las agallas de Jesucristo como para jugarle eso, yo quiero que aquí me conozcan... casi, casi, no pido más. Me importa la goma que me conozcan en otros idiomas, ¡la goma! Acá está mi cuento, acá debo escribir, acá debo maldecir y bendecir.

Decía mi gran maestro Don Erasmo V: mientras en este país no escriban hasta los perros, no surgirá el gran genio de la literatura. Me da una gran alegría ver a jóvenes que se acercan a las palabras, cuya pasión es, ya desde temprano, dominar a las palabras. Las palabras son como personas, por eso antepongo el acusativo latino a. También debo decir que he encontrado muy poco talento..., talento de verdad, muy poco, en los jóvenes que se entregan a esto. Salvo éste o aquél, podría yo citar a Germán Dehesa por ejemplo, verdaderos maestros que amen el hecho de amar las palabras.

Ningún escritor de verdad quiere deberle nada a sus contemporáneos, esto es universal desde que el mundo es mundo. Quiere tener maestros y quiere reverenciar a hombres del pasado, pero nadie, si de veras es escritor, quiere deberle nada a su contemporáneos. Me acuso de prácticamente no haberlos leído, no sé quiénes sean, qué hayan escrito. Pero desde la generación inmediatamente anterior a mí para atrás me sé casi todo, como es mi obligación; de los que de mi edad para abajo no sé casi nada. Pero me alegra saber que se publican y se publican libros; que se escribe, que ya hay montones de revistas. Cuando yo tenía 18 o 19 años uno subía a un tren y algún joven por allá adelante se veía inclinado sobre un libro; era un amigo. Y si no era joven, era un hombre maduro, algún maestro. Porque éramos poquitos y hoy hay millares. ¡Qué bueno! Probablemente yo no los vaya a leer nunca... ¡pero qué bueno! Si sale uno con talento yo seré el primero que me levante gritando con reconoci-

miento y reverencia para ese muchacho; es muy difícil encontrar eso.

Vivo de las palabras y estoy anhelándolas de modo constante; si alguien viene para hacer una entrevista, yo siento una profunda gratitud y probablemente mi recepción nunca sea cálida, pero el curso del diálogo conmigo siempre es cálido. Solamente no es cálido porque yo estoy metido en lo que escribo. Entonces viene alguien y jode, quita el tiempo, pero me voy enamorado de mis palabras y de la persona que me está oyendo y acabamos siendo amigos. No hay nadie que haya venido aquí, y son muchos que han venido a entrevistarme, que no se hayan llevado una buena impresión de mi persona. No soy el ogro ni el loco que se supone: soy fundamentalmente un hombre inteligente y yo creo que quiero mucho a los demás. Lo que pasa es que tengo que disimularlo porque si no me lleva el carajo.



No me acerco a la gente; ni me rodeo de información. Leo y la gente es generosa y se acerca a mí. Sobre todo los jóvenes se acercan y yo lo agradezco mucho. Yo ya no me acerco a nadie; no puedo ir a tocar puertas, ya lo hice mucho. La relación con la demás gente es cada vez más escasa, cada vez hay menos necesidad de relacionarse con los demás; la relación está con los libros, es ahí donde se navega, donde se viaja, donde se vive, donde se aprende, donde se sufre y se goza, en los libros. Pero cuando surge un buen interlocutor, uno habla encantado de la vida. Yo tuve espléndidos interlocutores, digamos hasta los 45 años, después se comenzaron a morir o nos fuimos alejando. Cada quién está en lo suyo, muy cerca de aquí vive el gran artista Zúñiga, el pintor y escultor; es un gran artista y un hombre encantador, yo tengo aquí ya doce años y no nos hemos visto nunca y el día que me lo encuentre me va a dar una gran alegría. Hace poco en Jalapa me encontré con Joaquín Sánchez MacGregor, amigo queridísimo de los veinte años y fue un gozo estar con él y oírlo, no lo veía yo desde hacía treinta años. Ya no se busca la cercanía de la gente; ya no hay tiempo. Vamos a suponer que

me vaya muy bien... muy bien, que viva diez años más, vamos a suponer que no reviente de repente, en diez años tengo que escribir siquiera treinta libros más y esto ya no se cambia por nada. Se conoce lo que es la soledad, que en realidad no es soledad porque estoy acompañado constantemente por todos estos grandes señores que han escrito antes que yo, pero es una forma de soledad y ya no hace sufrir. Está uno feliz aquí. Anoche me enfrasqué, ando leyendo un libro que se llama *Los Gitanos* de Jean Pierre Liégois; es un investigador muy serio pero no entiendo nada de lo que me dice. ¡Ya van dos veces que leo la porquería y no entiendo ni madre! Pero me acordé que Blaise Cendrars trató mucho a los gitanos, entonces saqué su libro y el artista me hizo conocerlos ¡rápido! por lo que me pasó toda la noche con la estupenda compañía de Blaise Cendrars; admirándolo, amándolo, envidiándolo con toda mi alma, sufriendo porque ya murió.

Joaquín Mortiz me pagó cinco millo-
nes de pesos para que escribiera el

segundo tomo de mis memorias; yo no escribí nada. Escribí una novela que le acabo de entregar hace tres semanas y sale dentro de cuatro. Eso sí he conseguido: que se publique de inmediato lo que entrego. Entonces le dije: de todas maneras voy a escribir el segundo tomo de mis memorias y estoy haciéndolo, como dije hace rato, en capítulos muy breves que valen como artículos para la revista donde trabajo; cosas muy breves que me llenan de encanto. Estoy escribiendo todo lo que reservo de los años cuarenta que fueron los más felices de México, probablemente. No es el hervor naciente de los años treinta, no es tampoco la inmediata postrevolución; es el México que comienza a existir por sí mismo con un millón de habitantes, con barrios bellísimos, toda la ciudad llena de árboles, interminables avenidas llenas de árboles, de álamos centenarios, el México de los tranvías y camiones, de las canciones como "Amor Perdido" y "Si tuviera cuatro vidas". La gloria de Agustín Lara y la sinfónica de Chávez, cuando conocimos por fin a Beethoven, Debussy, a César Franck, todo eso. Algunos amigos fueron eminentes después. Pasábamos la vida en diálogos que no terminaban nunca, terminaban sólo para irnos a dormir. Venía el reconocimiento de los burdeles, los cabarets y las calles de los dignos pleitos a puñetazos en las cantinas. De eso hace ya cincuenta años. Y vuelvo a tener 20, 19 años, cuando escribo estas cosas. Es uno de los ingredientes de la nostalgia. En la memoria parece que al segundo siguiente llegara la felicidad, por eso duele tanto la nostalgia, porque ahora sí, ya se sabe que no llegará, ¡no llegará nunca! Entonces uno se sumerge en la nostalgia que es dolorosa pero que tiene una especie de desgarrada felicidad que uno no cambia por nada; esto es escribir sobre la juventud que uno vivió, claro.

Ojalá que la entrevista le sirva y que los jóvenes la lean. Que adviertan lo que es un varón que dice la verdad, ahora que está tan de moda ocultarla de tantas maneras, sobre todo por los intelectuales. Esta punta de maricones de mierda que son incapaces de abrir el corazón y el alma. ◇